

PAISANOS POR EL MUNDO: LIVERPOOL (REINO UNIDO)

Dejé Godelleta en septiembre de 2013. Hago mis cuentas y sale como ocho y medio, casi nueve años. Ante la costumbre de las matemáticas de ser a veces frías y calculadoras, nos queda el calor de todo aquello que tiende a estar ahí siempre: la familia, los amigos por mucho que ellos también se muevan, el pueblo. También la Biblioteca, que tantas veces ha sido reconfortante refugio en aquellos días largos de cuando uno está creciendo en un pueblo como Godelleta.

Aun así, pesan los ocho años y medio que uno ha estado en el extranjero, los casi nueve años que uno ha estado viviendo en Liverpool, Reino Unido. Tantas cosas han pasado ahí afuera que se nos han ido antojando lastres temporales adicionales: desde aquí he vivido cómo un país está dentro y luego está fuera de la Unión Europea; cómo sobre el mundo se cernía una pandemia, cómo la hemos sobrellevado y cómo estamos saliendo poco a poco de ella; cómo Europa de repente se encuentra con una guerra en su seno. Nos ha tocado la maldición china que reza “ojalá te toque vivir tiempos interesantes” y parece que a mí me ha pillado lejos de casa.

Uno se marcha de Godelleta sin demasiado que perder y con el energético empeño de descubrir lo que el pueblo no puede ofrecerte. Nada que perder porque a Godelleta siempre se puede volver, piensa uno. En mi caso, acabé la carrera de Filología Hispánica y el Máster de Profesorado en Valencia y, animado y acompañado por mi novia de entonces, me marché a Liverpool, donde ella había conseguido una beca para trabajar en un instituto. Por muy precario que fuera, no me costó demasiado encontrar un trabajo: algo así como friegaplatos en un restaurante, aunque también con responsabilidades de pinche de cocina. Un trabajo bastante físico, dándole que te pego al estropajo y llevando sacos de patatas de aquí para allá, de arriba abajo. Eso sí: todo bajo un techo. No pocas veces habré pensado para consolarme que, pese al dolor de espalda que me entraba de vez en cuando, bastante más duro hubiera sido haberme quedado en el pueblo a trabajar en el campo con el sol o la lluvia de cara.

Aquello de friegaplatos, trabajo tan común entre tantos españoles que llegan a este país desde España con o sin estudios, me duró casi dos años. Luego fui compaginándolo con trabajos temporales de profesor sustituto para una agencia de colocación del sector educativo y, finalmente, acabé consiguiendo el puesto de trabajo que tengo ahora, en el que, en un instituto, compagino los roles de asistente de estudiantes con necesidades especiales con el de asistente de español y profesor de español. Un trabajo, al fin y al cabo, apasionante en lo humano aunque rutinario no pocas veces y que, en mi caso, no me salva del mileurismo pero me da una estabilidad laboral que me sería difícil conseguir en España en trabajos que, en cualquier caso, exigirían más de mí en forma de horas, esfuerzo y estrés.

Me gusta mi trabajo y me gusta la ciudad en la que vivo y sus gentes. Y supongo que, en gran parte por eso, no hago otra cosa que retrasar el momento de la vuelta, que es lo que sigue estando en mis planes: volver más cerca de casa. Ya hace tanto tiempo que lo vengo postergando que mis amigos y familiares ya han dejado de preguntarme “¿Cuándo te vuelves?”. Otra pregunta que se suele hacer como “Tú el inglés ya perfecto, ¿no?” ya se ha convertido en material para broma recurrente y,

cuando me preguntan “¿qué tal por allá?” (que es lo que te preguntan quienes no saben adónde me fui) o “¿qué tal por Londres?” (que es lo que me preguntan los que saben que me fui a Inglaterra pero no exactamente adónde), a veces me da por responder precisamente eso: “Pues yo el inglés ya perfecto”.

A uno incluso se le pasan por la cabeza razones simbólicas para que este sí sea el último año en el que está aquí: el Liverpool ha perdido la final de la Champions League (2018), el Liverpool ha ganado la Champions League (2019), el Liverpool ha ganado la liga inglesa después de treinta años (2020), Inglaterra ha perdido la final de la Eurocopa (2021). Este año, por lo menos, la razón no viene siendo futbolística ni mucho menos intrascendente: mi sobrina, que aún no había nacido cuando yo me marché, hace ya la Primera Comuni3n (2022). Y, por encima de todo, algo que sobrevuela todo pensamiento: que mis padres cada vez son más viejos.

Si bien diría que todos mis años aquí han sido por lo general plácidos, especialmente los últimos, se me ocurren dos momentos especialmente críticos de mi estancia en Liverpool que, vistos con la perspectiva del tiempo, lo fueron mucho menos por la presencia de alguien en quien apoyarme, curiosamente en ambos casos gente que partió hacia su propia aventura de emigrante desde mi mismo pueblo o alrededores. El primer de los momentos fue el colapso de mi relación de pareja. El día que todo estalló, tuve la suerte de poder llamar a mi amigo Toni, a quien, tras llegar de Godolleta no mucho antes, había estado ayudando a encontrar su propio alojamiento y trabajo. Apenas lo llamé y le conté lo sucedido, ya tenía una oferta en firme para instalarme en un colch3n en un privilegiado huequecito del suelo de su habitación. A lo godolletano: con toda normalidad y espontaneidad, sin alardes ni florituras. Dicho y hecho. A estas alturas, sigo sin saber qué significa exactamente el verso aquel de Los Secretos “ayúdame y te habré ayudado” pero probablemente tiene algo que ver con todo esto.

El segundo momento, también inmediatamente posterior a la llegada de un amigo a Liverpool, esta vez desde Turís, me pilló pluriempleado y más precario que nunca. Una buena mañana, la primera de Raúl en la ciudad, nos cortaron la luz. Resulta que el casero, que nos había estado cobrando la sospechosa cifra de 150 libras mensuales todo incluido, no había pagado nunca los gastos de luz de la casa, lo cual explicaba, ahora lo entendíamos, lo barato del alquiler. El hombre nos ofreció como solución poder utilizar otra casa, vacía y de su propiedad, en la que sí había luz eléctrica. Descubrir en ella que el plato de ducha tenía un agujero que dejaba caer todo el agua al piso de abajo nos puso pronto en la situación de darnos cuenta de que contábamos con dos casas en Liverpool pero ninguna en la que pudiéramos ducharnos con agua caliente. ¿La solución del casero? Darnos las llaves de una tercera casa en la que poder ducharnos... no sin pedir permiso para hacerlo a quienes vivían allí. Toda esta historia de inquilinos con muchas llaves de casa pero ninguna en la que poder descansar tranquilos no estuvo exenta de momentos difíciles y estresantes, pero no tengo un recuerdo claro de haberlos vivido como tales, sino como unas semanas extrañas en las que la infinita complicidad con un amigo posibilitó que, ante la incomprensión de nuestros compañeros de casa, viviéramos todo aquello como lo que acabó siendo: un sinfín de momentos absurdos y surrealistas, una fuente continua de carcajadas a pecho abierto entre los dos.

El otro día me encontré un osito de peluche y empecé a rumiar una teoría osuna: la teoría del triple osito viene a explicar que mis treinta y tres años de vida tienen o han tenido tres etapas o, más bien, modalidades bien diferenciadas, cada una de las cuales puede estar representada en un célebre osito.

El osito Misha, que es algo que mi hermano Jose me solía llamar de pequeño, encarnaría un yo inocentón y de sonrisa tímida, sin muchas cosas que contar por no haber salido apenas del pueblo pero con buena capacidad de idealizar el entorno y el mundo, idealizar también una infancia y adolescencia relativamente felices y casi exclusivamente godelletanas. El osito Paddington representaría a un yo todavía provisto de cierta candidez pero que ya todo lo ha empezado a vivir con los ojos bien abiertos, abrazando de buena gana lo transitorio, con ganas de aprender, ver mundo y buscarse la vida. El osito Yogui simbolizaría el yo de la salvedad a la que se tiende y en la que se desemboca, el del trabajo estable con horario de oficina y el de disfrutar de las mieles de lo recorrido y lo atesorado, independientemente de que se esté o no en el proceso de echar barriga o no. La esencia de la teoría yace precisamente en los umbrales de cada uno de los ositos y qué relación tienen estos entre sí. Por ejemplo, Misha deviene Paddington como una huída hacia adelante; y Yogui suena con cierta frecuencia con Misha.

En cualquier caso, lo que quiero decir también es que, según mi experiencia, ser emigrante es, en su reverso, ser también Paddington por fuerza, con la incertidumbre a la que a uno le arrastra y los constantes dilemas con respecto a quedarse, volver, esperar, aguantar, postergar, etc. Este tipo de dilemas vitales se hacen más llevaderos cuando se hablan con otros emigrantes, que, al fin y al cabo, es la gente con la que en la mayoría de casos uno se acaba juntando cuando está lejos de casa, la gente que no pertenece ya a un círculo social cerrado en su ciudad natal o habitual, la gente que está, en principio, de paso.

Llegado un momento, la gente que llegó a la ciudad más o menos al mismo tiempo que tú empieza a tomar decisiones, a dar un paso por solidificar lo provisional: me vuelvo a España, me hipoteco, formo una familia... Se le hace a uno patente que “el centro ya no aguanta” y que, pasado cierto tiempo que nadie puede cuantificar pero que todo el mundo parece sentir, ya no queda espacio intermedio entre decidir, como apuesta fuerte de futuro, quedarse aquí y decidir volverse. Y he ahí el gran dilema del emigrante, que es el mío.

En definitiva, si para algo me han dado estos ocho y medio, nueve años es para darme cuenta más que nunca que Godelleta es un buen sitio al que (querer) volver y que estar fuera de casa se hace más llevadero cuando se tiene a alguien con quien hablar de ello. Por eso, paisanos por el mundo, ojalá os animéis a contarnos vuestras experiencias de emigrante, vuestras aventuras lejos de casa, de cómo os ha ido y de lo que habéis encontrado en vuestro largo caminar. Será un placer leerlos.

Miguel Ángel Sánchez.
06 de abril del 2022.